

Rodríguez, Enrique; Comasco, Ricardo

Demanda social y demanda analítica: Althusser y Lacan

VIII Jornadas de Sociología de la UNLP

3 al 5 de diciembre de 2014

Cita sugerida:

Rodríguez, E.; Comasco, R. (2014). Demanda social y demanda analítica: Althusser y Lacan. VIII Jornadas de Sociología de la UNLP, 3 al 5 de diciembre de 2014, Ensenada, Argentina. En Memoria Académica. Disponible en:

http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.4354/ev.4354.pdf

Documento disponible para su consulta y descarga en **Memoria Académica**, repositorio institucional de la **Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE)** de la **Universidad Nacional de La Plata**. Gestionado por **Bibhuma**, biblioteca de la FaHCE.

Para más información consulte los sitios:

<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar>

<http://www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar>



Esta obra está bajo licencia 2.5 de Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 2.5

Demanda social y demanda analítica. Althusser y Lacan.

Enrique A. Rodríguez (UNLP) enriquear87@gmail.com

Ricardo Comasco (UNLP) rcomasco@yahoo.com.ar

Althusser escribe “Filosofía y Cs Humanas” (F Y CH) con motivo de una encuesta lanzada por la *Association sur le cs humaines* cuyo punto central giraba en torno a las preguntas “¿qué se entiende por cs humanas? ¿Son algo diferente a la filosofía? ¿Han logrado independizarse de ella como las cs naturales? ¿Si filosofía y cs humanas tratan del mismo objeto: el hombre, en qué consiste la originalidad de aquella?

Althusser responderá que la filosofía es una disciplina autónoma que no puede quedar reducida (podríamos leer también que no debe ser “fagocitada”¹) a ninguna otra ciencia humana, que existe con pleno derecho, frente a las opiniones de los marxistas que la veían como simple actividad ideológica. Las verdaderas amenazas a la filosofía proceden de la supervivencia del “espiritualismo” y de otras formas de dogmatismo (ideología filosófica) y por supuesto de lo que el filósofo francés llama “ideología Tecnocrática” o también “Pensamiento Tecnocrático”.

Comienza por señalar el verdadero combate que la Asociación de Profesores de Filosofía ha tenido que dar recientemente en Francia para oponerse a decisiones ministeriales que buscaban el recorte de horas de filosofía en las escuelas, la reducción de la disciplina a un “comentario filosófico” en el marco de otras materias humanísticas (historia, psicología, etc.). Combate que hasta el presente se ha dado en la forma de una *defensa* ¿defensa ante qué? Althusser será muy claro:

Ante “las necesidades de una determinada forma de civilización industrial en expansión (...) por las necesidades en las que creía reconocerse una determinada forma de “civilización industrial” ²

1 Cfr. esta idea respecto del psicoanálisis frente a sus variantes “ideológicas” en Psicología. Y Cs Humanas.

2 F y CS H p.46

Y las ciencias que una civilización así necesita son principalmente las matemáticas y las Cs Naturales, además de aquellas que Althusser llama “de la organización humana”, ya sea económica, social, política, ideológica, etc. En este contexto, la filosofía representa un lujo superfluo.

Sin duda estas observaciones deberán ponerse en paralelo con aquellas ideas que se desarrollarán posteriormente en “A.I.E. Freud y Lacan”. Siendo la escuela uno de los AIE por antonomasia, encargada de reproducir las fuerzas productivas así como también las relaciones de producción, ¿qué signo más adecuado para leer las “necesidades” de una formación social que la currícula escolar?

Ahora bien ¿cómo experimenta la filosofía esta ofensiva del Pensamiento Tecnocrático (P.T) y cómo se *defiende*? Es interesante ver lo que Althusser tiene para decir al respecto, pues en primer lugar advierte que nuestra disciplina siente un malestar interno que en el tono del texto bien podría ponerse en paralelo a un sentimiento de “culpa”. Porque a menudo se le achaca ser “abstracta”, trabajar con “verdades de otra época” sólo un poco retocadas (pensemos en la Física aristotélica que Althusser toma como ejemplo de la pre-historia de la ciencia Física hasta los desarrollos de Galileo y Newton). Subsisten en ella también obsesiones y temas que recuerdan a su pasado, un pasado que debe ser concebido como ideológico: a él remiten los nombres “espiritualismo” “positivismo” (Bergson, Brunschwig, Alain) según Althusser los usa, y también la referencia a la psicología, ya específicamente dentro del campo francés. Una Psicología que ya no es la de los De Biran, Cousin, Taine, que era parecida a la metafísica, a una psicología racional, con pseudo-objetos como “atención”, “costumbre”, “esfuerzo”, “voluntad”, pero que ha sido reemplazada por otra con objetos “más modernos” como “conducta”, “comportamiento”, “percepción”, “sexualidad” etc. Si bien puede que sea más actual, su contenido es igualmente ideológico.

Otro ej. de supervivencia en el seno de la filosofía es “*la sorprendente persistencia del tema de la trascendencia radical del “Sujeto” que torna precaria toda empresa de conocimiento objetivo, científico, del Hombre.*” Presente sobre todo en filosofías como la de la “comprensión” (Scheller, Jaspers). Althusser nos advierte: la modernidad de sus objetos no siempre impide que una filosofía sea muy antigua.

Entonces a estos resabios ideológicos deberá oponerse otra cosa, una Filosofía (con mayúscula) que será una disciplina autónoma, diferente de la psicología y de las cs.

Humanas, que consistirá en una actividad crítica respecto de las ciencias, o de las pretendidas ciencias. Ella se opondrá a las “sub-filosofías” y a las “no-filosofías”, que *grosso modo* serán todas aquellas que rechacen o falseen los conceptos del materialismo histórico. Pero esto no significa que Althusser esté ofreciendo una “doctrina”, sino una actividad, una práctica que rechazará una “verdad” dada como dato, que se pretenda captada por una “intuición” sin práctica. Pensemos por ejemplo en todo lo que es dado a la intuición luego de la epojé fenomenológica.

Porque si la Verdad es un dato de las ciencias ya constituidas, no basta más que “ponerse a estudiar la realidad” y la filosofía quedará sepultada (¿será fagocitada?) por alguna “ciencia”. Se convertirá apenas en la estela que deja a su paso por el mar el buque de la ciencia. El empirismo, pragmatismo, psicologismo, pretenden ser “verdaderos”. Tanto la filosofía como las cs. efectivas corren el mismo peligro: caer presas de la ideología, la ideología empirista. Esta consiste básicamente en la pretensión, la ilusión de haber captado el “objekt”, el dato, lo verdadero, bajo la forma de una intuición, ocultando “las condiciones efectivas de su producción”, condiciones que deberán ser explicitadas según los conceptos del materialismo dialéctico y no a la manera del idealismo trascendental kantiano.

Las cs Humanas en su estado actual, se encuentran dominadas por esta ideología empirista que responde al pensamiento tecnocrático. Dentro de ellas encontramos disciplinas que propiamente hablando, no son ciencias, sino “técnicas de adaptación social”.

¿Cuál es el diagnóstico althusseriano? La filosofía debe contraatacar, pasar de su posición defensiva a la ofensiva, salir a la palestra de las pretendidas “ciencias humanas”. Ayudando a mostrar la posibilidad de una verdadera “ciencia del hombre” y a las técnicas a devenir ciencias. No obstante, no es que a muchos les preocupe este “advenimiento” pues estas técnicas tienen a su favor la prueba de su *eficacia*. Es claro que la psicología y la sociología prestan un *servicio*. Althusser dice “*todos reconocerán que ramas enteras de la psicología y la sociología no son más que técnicas de aprendizaje, de acondicionamiento (descondicionamiento, reacondicionamiento) es decir, de adaptación, que como es evidente nunca puede ser más que la adaptación a las condiciones existentes*”³ Formalizar o teorizar estas técnicas, no es lo mismo que

3Ibíd. p.56

gestar una ciencia, ejemplo claro de ello es la escuela psicoanalítica estadounidense (Anna Freud).

Lo que la sociedad yanqui espera del psicoanálisis es un servicio, eso es lo que *demand*a y a una demanda tal ceden muchos psicoanalistas, sin preguntarse primero si ese es en verdad el objeto del psicoanálisis. Más específicamente y desde el punto de vista teórico, Althusser desarrollará esta idea en la primera conferencia de “Psicología y Cs. Humanas”. Esta escuela interpreta el objeto del psicoanálisis como la interacción entre un individuo biológico y un mundo social que le impone ciertas normas. Se trata de una interpretación del “principio de realidad”. Principio que en primera instancia es representado por la madre en la relación con el *infans* (ritmo de nutrición, horas en que recibe el seno materno, regulación del esfínter, etc.) y que deberá ser interiorizado en el momento del Edipo para pasar a la instancia del Súper Yo. Esta instancia pasará a comandar sobre las demás. Momento que coincide por otra parte con la maduración biológica, neurológica, motriz, visual del niño. El cual aprende sus obligaciones para con la sociedad y puede vivir en ella. Sus pulsiones biológicas son limitadas por una instancia superior.

Althusser destaca que este concepto del psicoanálisis supone una teoría y además una *práctica* concretas. Requiere disponer de conocimientos biológicos además de una ciencia de la sociedad. De aquí surge un psicoanálisis de adaptación al medio social, lo contrario a lo que el psicoanálisis mismo se propone (seguramente nuestro filósofo piensa en la vertiente lacaniana). Porque así la cura se convierte en una negociación entre el individuo y la sociedad, y esa negociación apenas implicará alivianar la carga de la sociedad (representada en el súper yo interiorizado) a través de un refuerzo de la instancia del Yo.

Volviendo entonces al concepto de “demanda”, vemos que las ciencias humanas hoy ceden a ella, y en vez de preocuparse por devenir verdaderas ciencias, sólo se abocan a la puesta a punto de los métodos y técnicas de adaptación colectiva y particular. Althusser realiza una suculenta enumeración en este punto que aquí citamos sólo en parte: estudios de mercado, organización de las relaciones humanas, psicodramas de liberación, técnicas de enrolamiento militar etc. (p.58)

Nos encontramos frente a un problema, pues se vuelve en verdad difícil cuestionar la demanda de la que se vive teórica y prácticamente, por el sólo hecho de que una

demanda tal genera trabajo. Pensemos por ejemplo en los psicólogos empleados en la realización de los test de aptitud psíquica que son condición necesaria para ser admitido en casi cualquier trabajo formal en las grandes ciudades; o en los sociólogos empleados en las encuestadoras y consultoras políticas; o en los psiquiatras recetando “remedios” en connivencia con los grandes laboratorios. De eso se trata el triunfo del P.T.

Ahora bien, si lo que queremos (y eso queremos) es que estas técnicas se vuelvan ciencias, lo que debemos hacer, desde la filosofía, es analizar y determinar la *legitimidad* de la demanda de la que surgen. Aquí hay un lugar para una Filosofía con mayúscula. Nos insta a preguntarnos: ¿qué tipo de sociedad demanda estos saberes para asegurar su reproducción?

Para Althusser, fue Lacan quien sabiendo leer la ruptura provocada por Freud en el psicoanálisis a través de su redefinición del psiquismo como instancia esencialmente inconsciente, y agregando su aporte conceptual valiéndose de la lingüística estructural (Saussure), puso a la técnica psicoanalítica por el camino de la ciencia. Si lo logró, eso no lo deja del todo en claro.

El psicoanálisis se ha propuesto pensar la “demanda”, de hecho este significante tiene estatuto de concepto dentro de la práctica (por ej. La demanda de amor). ¿No sería viable entonces pensar, que así como hay una Filosofía con mayúscula ocupada en pensar la legitimidad de la demanda que las prácticas de adaptación social vienen a colmar, el psicoanálisis podría apelar a su propio concepto de demanda, rechazándola en esta versión si se quiere universal para entenderla en la especificidad y la singularidad de lo que se llama la *demanda del enfermo*? Ante la universalidad del “para todos” superyoico que imponen las diversas técnicas de adaptación social para la liquidación del conflicto y la reincorporación al aparato productivo, proponemos detenernos en la singularidad de la demanda del sujeto que en la forma del *testimonio* da cuenta de un conflicto, de una demanda, que pueda ser pensada más allá de una psicología ideológica.

El filósofo y médico francés Georges Canguilhem consideraba a la psicología –en cuanto disciplina del comportamiento, la adaptación y el condicionamiento– como una escuela de sumisión y liquidación de la libertad. Se horrorizaba ante toda apreciación

del hombre que apuntase a reducir el espíritu a una cosa, la psique a un determinismo fisiológico, el pensamiento a un reflejo, en fin...el ser humano a un insecto. Con estos términos señala Roudinesco uno de los rasgos más destacables del filósofo: la rebelión conceptual. “¿Qué es la psicología?”, se preguntaba Canguilhem en una conferencia del año 1956, y denunciaba allí su falta de objeto y unidad. Planteaba que muchos trabajos de psicología suscitaban la impresión de combinar “una filosofía sin rigor, con una ética sin exigencia y una medicina sin control”. ‘¿Adónde quieren llegar con lo que hacen?; ¡díganme adónde van y les diré quiénes son!’, insistía Canguilhem. Los dardos apuntaban sobre todo a la psicología del comportamiento y al instrumentalismo.

Intentaremos en lo que sigue ubicar algunos lugares (posiciones teóricas y prácticas) desde donde se le pueden plantear preguntas de carácter tan virulento a la psicología y a otras disciplinas pretendidamente científicas. Digamos de entrada que para casi todos los autores que tomaremos como referencia el estatuto científico de las ciencias sociales (o humanas) debe ser puesto en cuestión.

Consideremos ahora el caso particular del psicoanálisis. Señalemos en principio que es preciso diferenciarlo claramente de todas las versiones de la psicología moderna y de las psicoterapias basadas en esta disciplina. En cuanto a sus relaciones con el campo de la ciencia, el problema es complejo. Freud consideraba que el psicoanálisis debía inscribirse en el campo de las ciencias naturales. Y tenía buenas razones para ello: debía defender sus descubrimientos y su invento de toda acusación de oscurantismo. Es notable a lo largo de toda su obra la utilización de nociones extraídas de las ciencias dominantes en su tiempo: la biología y la física; y son notables también los inconvenientes que esto trajo. Pero está claro también que los descubrimientos freudianos introducían problemas epistemológicos serios en el mismo campo en el que pretendían incluirse. Lacan plantea las cosas de un modo distinto. Desde su perspectiva, el psicoanálisis comparte con la ciencia un horizonte caracterizado por la necesidad de formalización, pero en cuanto a su inclusión o no en el campo de la ciencia, el planteo es diferente al de Freud. Lacan habla de una ‘vocación de ciencia’ del psicoanálisis y de una ‘dirección hacia una ciencia conjetural del sujeto’. A partir de ahí, no se trataría en lo esencial de plantear la pregunta bajo la forma de la inclusión o no del psicoanálisis en el campo de la ciencia, sino de preguntarse más bien qué sería una ciencia que incluyera al psicoanálisis. Y esta posición nos permite esbozar algunas respuestas a las preguntas

formuladas más arriba: al psicoanálisis le incumbe una operación en el campo de la ciencia. Trataremos entonces de desplegar esta hipótesis.

El filósofo Michel Pêcheux señala un interrogante emparentado con el de Canguilhem: “La pregunta: ‘Quién es Ud.’, planteada a una ciencia, es ambigua, y uno de los dos sentidos de la pregunta, a saber, ‘por qué está Ud. aquí y cuáles son sus intenciones’ es radicalmente inaceptable para esta ciencia. Es impertinente plantearla: evidentemente si está aquí es porque existe y en cuanto a sus intenciones, no las tiene: sólo tiene problemas a resolver.” El autor diferencia entre una crítica interna, realizada en el campo mismo de cada ciencia, y una crítica externa, a cargo de otras formas de saber, como la filosofía.

Lacan, en una conferencia de 1966, también se refiere a las preguntas sobre las intenciones o el deseo en juego en el campo de la ciencia. Dice: “La ciencia no es incapaz de saber qué puede; pero ella, al igual que el sujeto que engendra, no puede saber qué quiere.” En relación con la práctica médica, Lacan señala algunos problemas que se suscitan en el entrecruzamiento entre ciencia y política. Desde el exterior de su función, y principalmente desde la organización industrial, le son proporcionados al médico los medios y los métodos para ejercer su práctica. La ciencia pone en sus manos lo que puede producir como agentes terapéuticos, y le pide, cual si fuera un distribuidor, que los ponga al alcance del público. Pensemos, por ejemplo, en la presión que ejerce la industria farmacológica sobre la psiquiatría actual. Entonces la pregunta que sigue es: ¿de qué modo actuar y a qué responder en este contexto? Lacan, en tanto psicoanalista, responderá a partir de la formulación de una ética particular, la que pone en el centro la cuestión del deseo en un sujeto singular, aquel que formula una demanda. “¿Qué podrá oponer el médico a los imperativos que lo convertirán en el empleado de esa empresa universal de la productividad? El único terreno es esa relación por la cual es médico: a saber, la demanda del enfermo”, dice Lacan.

Con respecto a la pregunta acerca del rumbo que sigue o debería seguir la ciencia, dice Alain Badiou: “Créanme, no serán las benditas comisiones de ética las que responderán a la pregunta: ‘¿Qué hacer con este hecho: la ciencia sabe hacer un hombre nuevo?’. Y como no hay un proyecto político, o mientras no lo haya, la única respuesta es bien conocida. El lucro dirá qué hacer.”

La ciencia produce, como efecto de su maniobra sobre el saber, un sujeto que le es antinómico, un sujeto dividido que tiene como correlato un Otro incompleto. Y sobre esta producción, cuyas propiedades contradicen el ideal de unificación y totalización de la ciencia, el discurso de la ciencia intentará una operación de cierre de la división, de taponamiento del intervalo, de costura de la hiancia. Pero ante las tendencias totalizantes, unificantes, universalizantes, de los discursos hegemónicos, los individuos intentarán recuperar una diferenciación que les permita dar fundamento a una identidad. Y muchas veces procurarán hacerlo a partir de la creación de un otro hostil, enemigo, al que hay que segregar, excluir, o hasta aniquilar. La verdad subjetiva forcluida y la dimensión del gran Otro intentan ser rescatadas por los discursos que tradicionalmente le han dado lugar. Por eso vemos proliferar fanatismos religiosos, que en gran medida son efecto de las tendencias arrasadoras de algunos ideales del discurso de la ciencia en el marco del capitalismo. El psicoanálisis intenta recuperar la condición particular de cada sujeto al incluir la verdad respecto del deseo, pero no a costa de la exclusión del prójimo. Así, va en contra del individualismo –como también de todo totalitarismo– y del nihilismo modernos. Y a diferencia de otras formas de respuesta al exceso de malestar, como la religión o la magia, se funda, como la ciencia, en un discurso racional y formalmente comunicable.

Desde el discurso de la ciencia, que aquí diferenciamos de la ciencia en sí, se pretende la eliminación del malestar social e individual mediante un supuesto dominio, cada vez mayor, sobre la naturaleza, los vínculos sociales y los padecimientos de los individuos. Con el recurso de un saber que ya no sería meramente especulativo, sino esencialmente práctico y utilitario, y gracias a los grandes avances de la técnica, la ciencia, o, mejor dicho, la parte de esta emparentada al pensamiento tecnocrático, sostenida en el discurso capitalista, aspira a alcanzar el ideal de satisfacción para todos a partir de la producción masiva de objetos de consumo colocados en un mercado que tiende a universalizarse. Pero sabemos que, por su misma lógica de funcionamiento, lo que produce este modo discursivo es, a nivel de los sujetos, una exacerbación del conflicto superyoico –entendido el superyó como imperativo de goce–, y a nivel social, una paradójica exclusión cada vez mayor de amplios sectores de la población.

El psicoanálisis ha sufrido varias tentativas de digestión por parte de la psicología. Todas tienen un punto en común: se basan en una indiferenciación entre el sujeto y el ‘yo’, tornando así incomprensible la estructura del inconsciente en el sentido freudiano

y lacaniano. La psicología aporta sentido; el psicoanálisis interroga el significante. Y la definición canónica del sujeto para Lacan es: ‘el sujeto es lo que un significante representa para otro significante’. “¿Qué es la psicología?”, se pregunta Althusser en el texto “Psicoanálisis y psicología”. Y dice: “La idea misma de una psicología supone cierta cantidad de estructuras fundamentales que la hacen posible. Estas estructuras fundamentales son las que identifican tres realidades de diferente estatuto: el individuo, el sujeto y el yo. La psicología no es posible más que por la identificación de estos tres términos, es decir, por la presuposición teórica que requiere que el sujeto sea un individuo que posee la estructura de un ego.” El psicoanálisis norteamericano, del que Lacan decía que era una práctica de adaptación al American way of life, terminó transformándose en una psicología del yo.

Según el dogma del progreso, el mundo se organiza con base en el saber y la razón. Esto exige entonces un sujeto enteramente calculable y previsible, que opere eficazmente como un engranaje perfectamente ajustado en la maquinaria social. Pero con Freud sabemos que gobernar, educar y psicoanalizar son tareas imposibles. Lo son en tanto que en su ámbito nos encontramos siempre con un plus, un resto heterogéneo que ninguna forma de lazo social puede reabsorber; se trata de ámbitos irreductibles a los dispositivos de evaluación que pretenden reducir el vínculo social al par problema-solución. He aquí, en los imposibles freudianos, la base de la formulación lacaniana de los cuatro discursos –el de la histeria, el del amo, el de la universidad y el del analista–: se trata de distintas formas del lazo social en las cuales existe siempre una referencia a lo imposible. Pero el pseudodiscurso del capitalista procura borrar la imposibilidad lógica (o sea, lo real mismo).

En los últimos años se ha observado el avance de ciertas disciplinas que se pretenden científicas en base a sus métodos de investigación y evaluación de resultados. En total consonancia con una de las formas ideológicas dominantes, la del pensamiento tecnocrático, atacan al psicoanálisis fundando sus críticas en lo que consideran la falta de cientificidad de este. Ahora bien, la concepción de ciencia que estas disciplinas sostienen no es sino una versión degradada del positivismo, el empirismo y el pragmatismo, reduciéndose en gran medida a la cuantificación, por no decir a la obsesión por la cifra y la evaluación. Esta cuantificación enloquecida, que pretende poner cifras a pensamientos y afectos e influir sobre ellos de manera ‘objetiva’, no es más que un simulacro del discurso científico. El cognitivismo, esa creencia de que el

hombre es análogo a una máquina que procesa información, con su horror proverbial por el sujeto, sirve muchas veces a los fines de adaptar a los individuos al orden social imperante.

A pesar de que los discursos hegemónicos apuntan al cierre de la hiancia propia de la condición humana, del lado del sujeto la respuesta no dejará de ser el síntoma. El saber inconsciente será siempre refractario a cualquier intento de taponamiento de la falta. Y es aquí donde el psicoanálisis, en cuanto discurso donde no se rechaza la falta y donde tiene lugar una verdad singular, rescata el valor positivo de la hiancia subjetiva, ya que esta no sólo es fuente de padecimiento, sino también de toda creatividad y posibilidad de transformación.

La ciencia y la técnica, cuyos beneficios estamos lejos de no reconocer, también pueden propiciar el engendramiento de ilusiones que detengan a los sujetos en el camino de su deseo. Si la falta de objeto, o el objeto-falta, propio del deseo, son sustituidos por objetos fetichizados, que el Otro del discurso capitalista impone al sujeto junto con la creencia en la garantía de la satisfacción, entonces no habrá posibilidad de que el sujeto avance en el camino de su deseo, ya que el deseo se funda en una falta incolmable. El intento de colmar esta falta, tanto del sujeto como del Otro, se corresponde con una ética del superyó, de la instancia que ordena gozar de un modo fijo e imperativo. La ética del psicoanálisis, por el contrario, se funda en el rescate de las funciones del sujeto deseante, del Otro y del prójimo.

Es preciso volver a decir que aquello sobre lo que el psicoanálisis podría operar es sobre la ilusión idealizante de ciertas formas ideológicas de la ciencia y no sobre la ciencia o el saber científico en su conjunto. A partir de la marcha cartesiana, el saber sirve para acrecentar el saber, dejando de lado el problema de la verdad como causa. En el dispositivo analítico, por el contrario, se produce un saber que afecta al sujeto, un saber articulado a la verdad que retorna con el síntoma. El saber simbólico –diferente del conocimiento, que es imaginario–, es saber de la verdad sobre la castración, lo imposible y el deseo inconsciente.

El iluminismo, o, mejor dicho, la ilusión iluminista, perseguía el objetivo de convertir a los hombres en amos a través de un pensamiento en continuo progreso. Así, la razón podría conocerlo todo, sometería a lo real en su totalidad; lo real se haría completamente transparente al conocimiento. Desde la filosofía, los movimientos

críticos de la modernidad (y de la posmodernidad) cuestionan las categorías de progreso, razón y universalidad. Desde otro lugar, el psicoanálisis propone una intervención. Una ciencia que incluya al psicoanálisis estará marcada por las nociones de no-todo y de incompletud de lo simbólico.

Recordemos aquí que en el campo mismo de la ciencia se han desarrollado teorías que demuestran la imposibilidad de la consistencia absoluta por la incompletud irreductible de lo simbólico (los teoremas de Gödel, por ejemplo). La adecuación en el campo de la ciencia sólo puede sostenerse cuando se excluye algo: lo no simbolizable de la experiencia, precisamente lo real –en tanto distinto de la realidad, que se construye en los niveles simbólico e imaginario–. El psicoanálisis, a partir de la consideración de lo real, le señala a la ciencia el lugar de lo imposible en la pretensión del saber completo.

El psicoanálisis como praxis clínica responde a un modo específico de malestar, el producido en la cultura judeocristiana a partir del nacimiento de la ciencia moderna. El sujeto del inconsciente es un correlato del sujeto de la ciencia. El sujeto sobre el que operamos en psicoanálisis no puede ser sino el sujeto de la ciencia, el sujeto marcado por la función del pensamiento. Allí donde hay ciencia se produce un sujeto, pero al momento de ser creado este sujeto es también excluido, no teniendo allí representación posible. El psicoanálisis va a operar justamente sobre esta exclusión, dándole al sujeto su representación en la cadena de pensamientos y reabriendo las fronteras entre saber y verdad. En cada época las formas de padecimiento subjetivo presentan una relación de estructura con las formas de discurso dominantes. Ante esto, el psicoanálisis propone, aun en los límites de sus posibilidades de intervención, el rescate de la función del sujeto y del deseo mediante una operación discursiva.